740

De la vida

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA POPULAR
740

LUIS ROMANO

De la vida

LIBRERIA DE
CALON
10-Plaza Mayor-10.-SALAMANCA

Ilustraciones de Eloy Romano

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

SALAMANCA
Imp de Andrés Iglesias, Plaza de la Libertad, 11
1904

Al lector

He querido anotar en éste libro,
dejando en él reflejos de mi alma,
las tristezas que existen en la vida
dignas de compasión, mas no escuchadas.

Y si intenté decírselas á todos
para que todos puedan remediarlas,
ya sé, lector, que no lo he conseguido,
porque aunque quise derramar mi alma
en los instantes santos en que vibra
por nobles cosas, por ideas santas,
quizás mi alma es alma de ambicioso
que por hallar la gloria sufre y ama.

CAJA DE AHORROS
Y
MONTE DE PIEDAD
BIBLIOTECA POPULAR
SALAMA

La casa olvidada

He visitado
la casa aquella
que fué testigo
de nuestro amor;
flota en su ambiente
nostalgia horrible
que me recuerda
los balbuceos
de un triste adiós.

La madreselva
que tú plantaste
junto á la reja

de su jardín,
lo cubre todo;
¡cubre lo viejo,
lo desconchado,
lo que amenaza
pronto morir!

—

La hierba crece,
crece sin miedo
de que pié humano
la llegue á hollar;
crece en los muros,
crece en las calles,
junto á la puerta,
y en el umbral!

—

El viento barre
las hojas secas
y las arrastra
bajo el balcón,
en donde siempre,
cuando la tarde
dulce moría,

juntos mirábamos
ponerse el sol.

. . . . . .
. . . . . .

Cuando las puertas
de sus ventanas
yo tembloroso
traté de abrir,
negros murciélagos
mudos huyeron;
¡los cuidaba
la madreselva
que tú plantaste
junto á la reja
de aquel jardín!...

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD BIBLIOTECA POPU

Cristo suicida

Como sus ojos de mirar errante,
me agradaba su acento dolorido;
con el rostro de un Cristo agonizante
de la vida azarosa era un vencido.

Me hablaba de su vida á cada instante,
de lo espantoso que era lo sufrido,
y pensaba en la muerte como amante
que espera en el amor ser redimido.

Y hablando de la vida me decía
yo soy un Cristo no crucificado,
más larga que la suya es mi agonía.

Si el padecer hubiérale durado
lo que perdura la tristeza mía,
muere también; ¡mas muere suicidado!

En el circo

El burgués aplaude
de los clonws las gracias
la cocotte sonríe
con sonrisa cándida.

El burgués, lascivo,
mira á una funánbula
la cocotte, curiosa,
mira hacia la sala.

Después, cuatro niños
á la pista saltan:
son dos matrimonios
que entre sí se engañan.

El burgués aplaude,
la cocotte sonríe con sonrisa cándida.

Uno de los niños
á su esposa llama
y, por señas, dice
que se vá de caza.
La niña al esposo
despide con lágrimas
que sobre su cutis
de felpa resbalan.

El burgués aplaude,
la cocotte sonríe con sonrisa cándida.

La niña, ya sola,
enjuga sus lágrimas
y las puertas abre
riendo á quien ama
que, pisando recio
cual nuevo Tenorio
penetra en la pista
y á la niña abraza.

El burgués aplaude
la cocotte sonríe con sonrisa cándida

Regresa el marido
borracho á la casa
y cuenta á su esposa
que suele engañarla
con la del amigo
que á la niña abraza

El burgués aplaude,
la cocotte sonríe con sonrisa cándida

La función termina.
Las precoces gracias
de los cuatro niños
sus almitas manchan.
El burgués aplaude
pero presto marcha;
la cocotte le espera
con su risa cándida.

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD

Tierra Castellana

Como mujer fecunda
sensible á la caricia de los cielos
y atenta al germinar que en tus entrañas
se produce en la calma del silencio,
divino germinar que mata el hombre
tu vientre hollando con su rudo peso,
te elevas hacia Dios serena, augusta,
donándole la vida de tus pechos.

Eterna enamorada,
tu palpitante y voluptuoso cuerpo
entregas á los hombres

rubio como la imagen del deseo
y adornado de humildes margaritas
don que les muestras para retenerlos.

Tendido en tu regazo
y azotada la frente por tu aliento
cálido, bochornoso,
en mí he sentido palpitar lo eterno...,
y en tí he sentido ¡oh Tierra Castellana!
la tranquila alegría de los buenos.

Tu paz de hembra divina,
cayendo sobre mí vive en mi pecho
y mi alma melancólica
de tu tristeza augusta es fiel reflejo
pues, cual los rostros de los que se quieren,
los dos hemos llegado á parecernos.

¡Ah, cuantas veces sobre tí tendido
y viéndote besada por el cielo,
que enrojecía de placer y dicha,
forma han tomado en tí mis pensamientos
de amor y de perdón entre los hombres,
y nueva humanidad, de tí surgiendo,
ha traído á mis labios
la sensación suprema de aquel beso!

. . . . . .

. . . . . .

¡Oh Tierra Castellana
sensible á la caricia de los cielos!
recibe en tí, sin darle sepultura,
el don que te hago de mi debil cuerpo,
porque quiero mil veces fecundarte
cuando esparrame mi ceniza el viento!...

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD

¡Chist!

¡Chist, calla! — me dijo —
sin hablar yo mejor te comprendo.
Y, ambos, silenciosos,
— en ese silencio
que engendra fecundos
pensamientos nuevos —
sin osar tocarnos,
miramos al cielo.

El niño dormía;
quise hablar de nuevo.
¡Chist, calla; — me dijo —
déjale que duerma, no turves su sueño!

Desde la ventana
del niño dormido se oía el aliento
y al rozar nuestras frentes la brisa
jugando mimosa con sus rizos negros,
parecióme trágica
al sentirla correr por mi cuerpo.

Callamos. La luna
nuestras sombras cortaba en el suelo:
mudas y agrandadas
parecían lejanos espectros,
dos contemplativos
tristes y anhelantes de vivir lo eterno.

La tierra fingía
con su calma sonora de templo
é iluminada por la luna á trozos,
sonreir durmiendo.
La luz, tamizada,
caía del cielo.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

Volvióse de pronto
y sus brazos echando á mi cuello,
temblorosa, muda,
brillantes los ojos con brillo siniestro,
besóme en la boca

temblando, en silencio,
y ¡vete! — me dijo —
¡déjale que duerma, no turves su sueño!

. . . . . .
. . . . . .

La luz de la luna
cayendo de plano, sobre sus cabellos
formó una aureola,
como si sobre ella llorara El Eterno!...

CAJA DE AHORROS
Y
MONTE DE PIEDAD
BIBLIOTECA POPULAR
SALAM

Campesina

El pueblo duerme.
En lo alto de la torre las cigüeñas
su nido han hecho;
es un nido que al pié de la veleta
la inclina y tuerce
cual si á caer ya próxima estuviera.
El pueblo duerme.

Las ranas cantan.
Su monótono dejo el aire puebla
y arrulla al mozo

que dormita en el centro de la era,
sepulto en paja
que á la luz de la luna amarillea.
Las ranas cantan.

Susurra el viento
y por él agitada la floresta,
con dulces sones
su copa magestuosa cabecea
llegando al cielo
en el que palidecen las estrellas.
Susurra el viento.

El perro ladra.
Se adivina borrosa su silueta
sobre el camino
husmeando en el aire á alguién que llega
y pronto pasa
confundiéndose á poco con la tierra.
El perro ladra.

Rechinan goznes.
Es el trasnochador que abre la puerta.
Dejó la novia
mirándole marchar desde la reja,
en los barrotes

apoyada la frente somnolienta.
Rechinan goznes.

. . . . . .

. . . . . .

El pueblo duerme.
En lo alto de la torre las cigüeñas
su nido han hecho.
Un mendigo que pasa lloriquea;
la calle tuerce
y su vago gemir lento se aleja.
El pueblo duerme.

CAJA DE AHORROS
Y
MONTE DE PIEDAD

Suprema angustia

Unos de prisa
y otros despacio,
febriles unos
y otros flemáticos,
alguno á rastras,
los más descalzos,
todos caminan
hacia el Santuario.
Todos esperan,
todos aguardan que se haga en ellos feraz mi-
todos caminan con la esperanza (lagro,
puesta en lo Alto.

La fé dá fuerzas,
la fé dá alientos á los postrados;

todos esperan en que la Vírgen
ha de salvarlos.

Sus peticiones son diferentes, son encontra-
pero ¿qué importa si en el Santuario (das;
lo que á la Vírgen
Santa le pidan han de alcanzarlo?

Todos esperan,
todos caminan con la esperanza puesta en lo
si hoy no se cumple lo que desean (Alto;
será más tarde, quizás á otro año...

Todos se juzgan
buenos y honrados;
si alguno hubiere que no lo crea
que les demuestre públicamente que han sido
¡Nadie se atreve! (malos...
¡todos se esfuerzan en alabarlos!...

Y unos de prisa
y otros despacio;
febriles unos
y otros flemáticos
¡todos esperan
que se haga en ellos feraz milagro!...

Mi hogar

Quizás no sea como tú de hermosa
pero es de fijo como tú de buena,
y cuando á casa llego fatigado
por la lucha qus absorve la existencia,
bendigo á Dios que dióme generoso
tan amable y tan linda compañera
que, quitándole arrugas á mi frente,
le dá paz y sosiego á mi conciencia.

Sus cantos y sus risas
toda la casa pueblan;

de cuarto en cuarto corren
y de dulce alegría mi alma llenan
cuando los oigo lejos,
cuando los oigo cerca,
pues los buenos gozamos con las risas,
y ¡ay del alma que absorta en sus quimeras
sus pensamientos rumia
fría, insensible, ante la dicha agena!

¡Qué bien se está en mi casa!
La paz y la virtud en ella albergan:
en un día de sol, manso y espléndido,
vinieron con mi amada compañera
que, vergonzosa, con los ojos bajos,
ostentaba en el rostro su pureza.

La vida desde entonces
deslízase serena
cual los atardeceres
mansos de primavera;
diríase que un angel generoso
sobre la casa vela...
y... ¿qué más angel bueno
que el angel que comparte mi existencia?

A veces, apacible.
cual bendición austera,

sobre el hogar tranquilo
flota el recuerdo de la madre muerta;
pero se cierne vago,
sin causarnos jamás honda tristeza
y si lloro, tal vez, á su recuerdo,
es porque ignora mi ventura inmensa

Hará unos doce meses
¡tuvimos una pena!....
cayó el niño enfermito
con terrible dolencia
¡Los dias y las noches que pasamos
junto á su cabecera!:
mi esposa no lloraba,
reía siempre más... ¡con qué tristeza!..,
reía por reir, por distraerme,
¡sólo por evitarme que sufriera!
Pero el niño ya corre
y con su madre por la casa juega.

Los dos, cuando trabajo,
cerca de mí se sientan,
y cuando, dolorido,
de las cuartillas alzo la cabeza
sus rostros sonrientes
se inclinan hacia mí y ambos me besan,

De mi trabajo obscuro,
es la mejor su dulce recompensa.

Los días apacibles
siempre para los tres lo son de fiesta.
Por los rayos del sol vigorizados
y en supremo contacto con la tierra,
turbamos su reposo
con nuestras risas cándidas y frescas
y en su fecundo seno.
— fuente de vida, manantial de fuerza, —
germinan en nosotros
vibrantes y robustas las ideas.

Lo incierto de la vida
para los tres amable se presenta;
sin dudas, ni temores,
pensamos sobre él cuando se acerca.
mi amada y yo sabemos
que de la vida por obscura senda,
marchamos á su fin con paso firme
y con la faz serena,
como se oculta el sol en lontananzas
magníficas y espléndidas,
en los atardeceres
mansos de primavera.

Que el niño crecerá y haráse un hombre
y como en él florecen las creencias
de paz y de virtud que hay en la casa,
en todo tiempo vivirá con ellas.

. . . . . .

. . . . . .

Mi esposa y yo sabemos
que moriremos como tarde espléndida...!

La canción del poeta

Soy de las almas la vida
porque en ellas la esperanza
mis canciones afianza,
como la nota perdida
muere dulce en lontananza.

Soy de las almas el pan
que nutre los ideales
que alimentan los mortales
y que dejándose van
de la vida en los zarzales.

Soy el Dios de la alegría
pues solo puedo crear,
y ¡solo á quien dá el pesar
con mis manos ahogaría
como pudiera matar!

En el alma apasionada
yo la duda desperté
y en sus dudas la ensañcé;
porque es vulgar, mal templada,
el alma que tiene fé.

Solo las almas creyentes
cierran á todo los ojos;
su vida no tiene abrojos:
se deslizan sonrientes
postradas siempre de hinojos

Pero el alma dolorida,
la que en la duda batalla
y ante el destino no calla,
inunda de luz la vida
cuando en sus dudas estalla

. . . . . .

. . . . . .

Soy de las almas el pan,
soy de las almas la vida,
soy la flor recién nacida,
soy cual las olas que van
muriendo en playa escondida.

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD
BIBLIOTECA POPULAR
SALAMANCA

Soledad

Baja con la tarde
silenciosa y pálida
vestida de blanco
con flotante bata
que se pierde y á ratos vislumbra
tras los arrayanes
del abandonado jardín de la casa.

Entre los arbustos,
cual visión fantástica,
pasea la virgen

de rostro de nácar
con ojeras de lirio marchito,
cual lo están sus labios,
cual lo está su seno de impuber medrada.

Diríase al verla
cuando lenta pasa
por entre las calles
de arena azulada
— por la lluvia y el sol ennegrida, —
que evoca recuerdos
tristes y añorantes de visiones vagas.

Y cuando los ojos
del suelo levanta
y, sin ver, los fija
tras cosas lejanas,
me parece una esposa de Cristo
que acude á la cita
del Místico Esposo que vive en su alma.

Y espera, y espera...
¡pero el tiempo pasa!
Y cuando la noche,
solemne y callada,
con sus sombras envuelve los campos,

se aleja la virgen
del abandonado jardín de la casa.

Y al día siguiente
silenciosa y pálida
vestida de blanco
con flotante bata
que se pierde y á ratos vislumbra
tras los arrayanes,
de nuevo la virgen con la tarde baja.

Y espera, y espera...
¡pero el tiempo pasa!
Sus labios marchitos
formulan plegarias
quizás á la vez que discurre
caricias y amores.....
¡Pero nunca llega el esposo que aguarda!

Verano en Castilla

Rendida y silenciosa
después de la preñez, con facil sueño
la tierra se ha dormido
dejando al aire su abultado seno.

Arrulla su dormir, desde las eras,
el canto de los mozos, canto lento
que á veces le interrumpen los silbidos
también interminables y serenos,
que lanzan los gañanes á sus yuntas,
silbidos que á morir se lleva el viento,

como sus tristes cantos,
sobre el azul riente de los cielos.

Flota el polvillo de la miés madura
sobre las eras de dorado aspecto
y, rendida la tierra,
oyendo trabajar el trigo nuevo
brillante y rumoroso,
continúa durmiendo
que es fuerza descansar para ofrecerse
más joven, más fecunda al nuevo dueño.

Para no despertarla los caminos
de polvo se han cubierto,
polvo blanco é impalpable
que amortigua el pisar de los viajeros
y expiran, mansamente,
en paz fecundos, cual la paz serenos,
los sones armoniosos del trabajo
cuando se acercan á su bello cuerpo
y todo, en fin, reposa
y es indistinto bajo un sol de fuego
que, al descender, en los cristales dando,
los ilumina y enrojece á un tiempo.

Y son las noches claras y apacibles
cargadas de rumores y misterios

y más bello que nunca
con pálidas estrellas está el cielo
y todo vive en calma
dichoso de vivir en el silencio...

Diríase que todo
presiente la llegada del Eterno
para velar, de la fecunda tierra,
su descansar benéfico!

Han venido mis hijos...

Han venido mis hijos con sus mujeres,
los unos tras los otros, y me han propuesto
después de un largo rato de hablar en calma,
que reparta mis bienes por que... soy viejo.

Me han dicho que la vida, ya trabajosa,
se hace más imposible, que en estos tiempos
es quizás más difícil, cual nunca ha sido,
hallar lo suficiente para el sustento.

Que como yo no puedo salir de casa,
ni ver lo que trabajan nuestros obreros,

á todos convendría que repartiera
lo que les pertenece, lo que poseo.

Y han hablado de darme lo necesario
y más, que necesito para ir viviendo,
que ofrecer nada cuesta cuando se ofrece
lo que no ha de entregarse con prometerlo.

Que les diese las tierras para labrarlas
porque salir al campo yo ya no puedo,
á todos convendría; mas todos saben
que el cariño á la tierra siempre es eterno.

Y he callado á sus dichos porque pensaba
que buscaban mi herencia sin haber muerto
y he callado á sus frases entristecido
como si presenciara mi humilde entierro.

Y han salido mis hijos y sus mujeres
¡con un silencio!...

L E C T O R

El ahorro es virtud y proporciona bienestar. Con muy poco esfuerzo puedes ahorrar. Has leido gratuitamente esta obra. Si te ha gustado este deleite debes pagarlo; si no ha sido de tu agrado te ha evitado su adquisición. Lo que debes pagar o lo que te ha evitado gastar, debes ahorrarlo.

La Caja de Ahorros de Salamanca no pide nada para ella, ni que deposites el dinero en sus arcas, eso sería empequeñecer el consejo, pide para tí y te dice: ¡AHORRA!

Humana

Dolorida,
os ojos inyectados por las lágrimas,
vagas triste
y espantosamente pálida.

Las arrugas de tu frente
nacarada,
esculpiólas la Tristeza
ndar es el miedoso y errabundo de un fantasma
que, abatido,
huye siempre de los hombres como virgen enlutada.

En tu rostro suplicante, como el de una Dolorosa,
hay blancuras transparentes que me espantan
y en tus labios,
esa curva indefinible del dolor y la plegaria.

En tus ojos hay destellos
de remotas esperanzas
y adivino en su tristeza
siempre plácida,
castos sueños de pasiones
no soñadas
y una historia en que los hombres, implacablemente hu-
han trazádote las páginas, (manos,
triste historia que por ley de humana vida te persigue
y es tu herencia sacrosanta.

Mas no temas;
yo te brindo virgen triste y espantosamente palida,
porque sé lo que tú sufres,
las ternuras inefables que se aduermen en mi alma
que dolores y tristezas de la vida
solo canta.

Con mis versos he de alzarte entre los hombres,
pobre virgen desolada,
y he de hacer que te respeten
de mi pluma haciendo lanza.

. . . . . .

. . . . . .

¡Pobrecita!
Mis palabras
honda pena te han causado
¡tú jamás las esperabas!...
Yo también si te propuse
que se unieran nuestras almas
fué creyendo
que en el mundo nadie había que pudiera separarlas.

Mi nobleza
superior á la de todos yo juzgaba
siendo así que, como todos,
tengo faltas,
tengo vicios.... yo soy hombre
y el pasado de tu madre para mí es sobrada carga.

En tus brazos
yo la muerte deseaba
cuando amante,
prodigándome caricias ignoradas,
de los odios que te acosan
me alejabas...
sólo entonces era fuerte
porque entonces no era el blanco de sarcásticas miradas
pero luego,
casi tanto como todos, yo te odiaba
porque hacías que los hombres
de tu amor me avergonzaran.

¡Pero lloras!...
¡Pobrecita virgen pálida!

Yo que te amo,
soy la causa de tus lágrimas.
¿Mas qué hacerle
si ante mí los hombres se alzan?...
¡Gime sola
dolorosa y tristemente abandonada!

En la audiencia

En pelotón compacto
la multitud hambrienta
chocó contra la valla
trotando como bestias,
ansiosa de justicia,
buscando que la hicieran.

Y alzóse un señor calvo
de faz amarillenta,
de ennegrecidos dientes

y de actitud severa
y con cansado acento,
como quién deletrea,
al reo, todo oidos,
leyóle la sentencia.

La voz del magistrado
monótona y serena,
volaba por la sala
con mansedumbre tétrica,
cayendo en los oidos
pausada y sin cadencia,
del público formado
de multitud hambrienta.

Por fin, el señor calvo
leyóles con voz hueca
que al reo condenaban
á expiar la última pena
y entonces un murmullo
de bestias satisfechas,
que fué aumentando á poco,
ahogó la voz serena
del viejo magistrado
de faz amarillenta...

Mientras que yo, en silencio
sintiendo honda tristeza,
lloré pensando en Cristo
y en que su redención fué una quimera!

Todas las tardes

Todas las tardes en mi camino los encon-
en un camino lleno de arena (traba;
y limitado por los evónymus
que, paralelos, rectos seguían toda la senda.

Como el ramaje de mi camino,
negra llevaban la vestimenta;
sólo tres eran todas las tardes,
¡tres almas muertas!

Con los manteos
acariciaban de mi camino la blanca arena

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

y sus zapatos gruesos, deformes,
dejando huellas
desdibujadas, la hollaban fieros;
se complacían en que crugiera.

Todas las tardes les encontraba
cuando corría por la ancha senda,
pródigo en vida, tras de los goces
que me brindaba la compañera,
que, no muy lejos, fiel aguardaba
mis amorosas caricias lentas,
himno de vida
que la ofrecía todas las tardes sobre la arena.

Y ellos seguían con la mirada mis largos
(pasos
como envidiosos, cual si quisieran
que despertaran á las pasiones
sus almas tristes, sus almas muertas
que, apenas niños, las enterraron bajo los
hábitos
que acariciaban de mi camino la blanca are-
(na...

Tres charras

Al poeta murciano

Vicente Medina

I

La mi hacienda

Yo no he güelto dende aquella tarde
¿pa qu'he d'ir á verla?...
¿Pa llorar de rabia?...
¡Pa sentir entavía más pena?...
¡Calláisus! ¡No habláime!... Dende aquí la veo...
¡Me páice que miran sus verdes ventanas (abiertas!..,

Cuantis más cabilo
menos me doy cuenta
de cómo fué aquello

y creo que naide pué haber que lo entienda;
yo no sé como pude aguantarme,
yo no sé como tuve pacencia.

Gobernando un yugo
me senté á la puerta
cuando vide venir á unos hombres
vestíos de negro de piés á cabeza;
el uno con gafas azules
pa evitar que en los ojos le dieran
los rayos de un sol que caía
tras los nubarrones negros de tormenta,
y espigao el otro, blanco y delgaducho,
como si recortes de papel comiera,

Cuando se acercaron
y me dijon que querían verla,
yo me puse encarnao de contento,
de orgullo y vergüenza
y por tós los rincones les truje,
les subí al granero, les mostré la güerta
y, con mil minucias,
con las que se cuentan
tó lo que en la vida
se consigue pasando tristezas,
les conté como pude comprarla

por ná de dinero, por una miseria
que pa conseguirla, me costó empeñarme
de mala manera.

Y en dispués la lucha
contínua y serena
que acaba las carnes,
que agota las fuerzas,
con la frente incliná pa el terruño
cubierto de yerbas
que nunca se agostan,
que son siempre eternas...
Pero ¡Dios, aquellos,
otros tiempos eran!
En demás el trabajo era rudo,
pero cuasi daba pa pagar las deudas!

Y á luego les dije
como, al fin, la tierra
que estéril pa siempre creía,
fué dócil, fué buena,
por los mis halagos
y por el esfuezo de la santa aquella
que un día de Julio,
trillando en la era,
cayó pa en jamás levantarse
por el sol hería que fecunda y quema.

. . . . . .

. . . . . .

¡Lo que daba la vida á mis campos
le dió muerte á ella!

Y como si en vida
de la mi parienta
los celos hubiesen
comío á la tierra,
asín la enterremos,
floreció con brío
y me dió cosechas
como yo nunca había soñado
que fuese en la vida posible cogerlas...
¡Más que su cariño, la abonó su cuerpo,
su cuerpo de buena!...

Y al desotro día
qu'aquellos señores husmiaron mi hacienda,
el que recaudaba las contrebuciones
me advirtió que ocultaba riquezas
y que pa en delante, si yo nó quería
que el Estao el dueño de lo mío fuera,
le tendría que dar más dinero
que pa eso cogía tan buenas cosechas...

¿Pero estaban locos? ¿Pero no sabían
lo qu'aquello era
y que si pagaba más contrebuciones
asín aumentaban mi humilde probeza?
¡Pero, ná! .. ¡si quieres!
El Estao no sabe lo que es la miseria.

Por lo que una noche
dejando sus verdes ventanas abiertas,
me salí de casa,
de la casa que vió mis tristezas
y vió mis amores,
de la casa que fué de la muerta
y, paso tras paso,
me alejé sin golver la cabeza.

Esperanzas, trabajos, sudores...
¡tó se fué por tierra!
La dejé dende estonces pa el Fisco...
¡que él labre sus campos cubiertos de yer·
(bas!...

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD

II

¡Solos!

Cuánta pena m'ha dao de los muchachos!
Era un dolor el verlos
riendo siempre mientras enfestaban
al rëeor del muerto.

¡Angelitos de Dios! ¡Si tú les vieras!...
A lo mejor se quedan en silencio,
se creen los probes que su padre duerme
y estonces, al reir, se rien quedo.

Pero alluego el más chico, que es un diablo,
tirándole á su hermano de los pelos,

le obliga á defenderse y, entre golpes,
con más ahinco güelven al enriedo...

Y sucedió una vez que en los retozos,
rodando por el suelo,
vinieron á parar dambos muchachos,
¡junto á su padre muerto!

III

¡No viene!

Estribá en la puerta
le esperaba Juana
y decía mirando hácia el campo:
¡cuánto tarda, Señor, cuánto tarda!
Yo no sé lo que tengo en el pecho,
que pesa y esgarra,
que me dice que ya no le espere,
que no tié palabra.
Ya es tarde, mú tarde,
y no siento el pisar de su jaca.
¿Por qué no ha venío?...
¡barrunto desgracias!

. . . . . .

. . . . . .

Esperando al novio,
que en jamás llegaba,
asín toas las noches
se pasaba Juana;
y es claro, el desvele
la tornó más flaca,
la golvió ojerosa
y en demás de blanca:
y cuando la vías
que alzaba la cara
pa arrojar un suspiro mu hondo,
asín murmuraba
con los ojos clavaos en el cielo:
— ¡cuánto tarda, Señor cuánto tarda!

. . . . . .

. . . . . .

Ya enfermó del pecho
la probe muchacha.
Cá vez que la veo
metía en la cama
con los ojos mu grandes y hundíos
y cá vez más flaca,

cuando dice mirando hácia el cielo:
"¡cuánto tarda, Señor, cuánto tarda!„
no sé, pero siento
un frío en el alma..

. . . . . .
. . . . . .

Murió al fin la probe,
la probe de Juana;
quedó muerta como un pajarito
diciendo en voz baja
y mirando mu fija hácia el campo,
— ¡Ya ves, te esperaba!. .

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD POPULAR SALAMANCA

Una vida

Era un atardecer triste de Otoño.
Los árboles del huerto
lloraban hojas muertas,
la canción funeral de aquél entierro
cantábala la lluvia
cayendo persistente sobre el suelo.
De pié, tras la ventana,
resucitaba su pasado el viejo
mirando siempre, con mirar vidrioso,
la triste linde que limita el cielo.

Para gozar los triunfos alcanzados
gastado estaba el cuerpo,
como también el alma
de tanto padecer en el silencio,
pues mientras tuvo juventud y vida
túvolas que gastar en el esfuerzo
titánico y perenne,
de conquistarse un puesto
negado por los hombres
con el tesón suicida del hambriento.

Una racha de luz y de alegría
iluminó de pronto sus recuerdos;
racha de amor que si avivó la lucha
también sirvióle para hallar consuelo
y un regazo querido
en donde pudo reclinar su pecho.

Más ¡ay! que estos amores,
cuando mudos los árboles del huerto
con tisteza infinita
lloraban una á una sobre el suelo
sus muertas hojas,
como amores en flor también murieron,
y al fulgor de los cirios funerales,
pasando junto al huerto,
los vió marchar de pié tras la ventana

y al parecer sereno;
pero sintiendo como carga agónica,
el peso de la muerta sobre el pecho.

Después, dos tristes meses que pasaron
viviendo en los recuerdos;
pero, después, las risas contenidas
que lanzaban los chicos en sus juegos,
hiciéronle pensar en el presente
y en trabajar de nuevo
y trabajó con fé porque pensaba:
¡trabajo para ellos!...
Y, como sol que nace, poco á poco,
volvió el hogar á parecer risueño

Pasaron años y años
y los chicos crecieron,
y todos, uno á uno,
dejaron solo al viejo;
se fueron á fundar nuevos hogares,
como emigran las aves en invierno
buscando climas cálidos,
verdes benignos y apacibles cielos.

Y entonces, más que nunca,
quedóse solo el viejo
con ansias de vivir incomprensibles,

BIBLIOTECA POPULAR

con ansias de gozar los triunfos muertos
cuando el alma gastada agonizaba
y próximo á morir estaba el cuerpo.
¡Nueva lucha entablada con la vida
perenne manantial de sufrimientos!...

Y en pié, tras la ventana,
lloró como los árboles del huerto
lloraban hojas muertas
y el *requiem* escuchó de aquél entierro
cantado por la lluvia
cayendo persistente sobre el suelo.

Los estériles

Van distraídos, van sin hablarse
y así van siempre que los encuentro:
él, tras los lentes,
sin ver, mirando siempre á lo lejos
y ella á su lado, como cansada,
andando siempre con paso lento.
Nunca sonrien, nunca se miran
y nunca se hablan cuando los veo;
mas, sin hablarse, sostienen ambos con sus
diálogo eterno. (sentires

Surcan sus frentes más de una arruga
que son estigma del sufrimiento;

más de una arruga surca sus frentes
que son estigma de las pasiones, de los de-
de la obstinada lucha lasciva (seos,
que ambos sostienen con el destino que creen
(incierto.

Pasan de largo
y nunca miran á los objetos
que les rodean;
pasan de largo, como con miedo
de que les griten: Vuestros amores,
¿de qué sirvieron?

Solo á los niños
miran atentos,
y en sus miradas siempre he leído
que una tristeza muda é insondable pesa so
¡es la tristeza que hay en la casa (bre ellos;
siempre en silencio!

Y así prosiguen
en su paseo;
él, tras los lentes,
sin ver, mirando siempre á lo lejos
y ella á su lado, como cansada,
andando siempre con paso lento...

He pasado por la casa...

He pasado por la casa,
por la casa de la vieja
y la he visto,
muda y triste,
contemplando de la casa los escombros,
de la casa que la lluvia trajo á tierra.

Los enseres
que tenía en la vivienda
sepultados en las ruinas
allí quedan
y con ellos

los recuerdos de la vieja,
los recuerdos de un pasado
que vivía placentera.

Triste y sola,
contemplando la vivienda,
parecíase á una esfinge
del dolor y la miseria
reflejando en el semblante sus angustias...
¡daba pena!

De los cielos soleados
suplicó el agua benéfica,
agua mansa
que regare la hortaliza de la huerta,
de una huerta chiquitita, no más grande que
que era toda su riqueza. (un pañuelo,

Oyó el cielo las plegarias,
las plegarias fervorosas de la vieja
y una lluvia persistente,
que absorbíala la tierra,
mansa y triste
cayó al fin sobre la huerta.

Mas la lluvia fué tan grande,
que la casa de la vieja,

sepultando sus enseres,
vino á tierra.

¡Vino á tierra cuando un sol bueno y benig-
en las tapias de la huerta, (no,
proyectaba
la encorvada triste sombra de la vieja!

Sin hogar

De un perro vigilante precedida,
un perro flaco de amarillas lanas,
por la ancha y polvorienta carretera,
mostrando el hambre en sus flacuchas caras,
camina muda y triste
la astrosa caravana,
montón de liendres, huesos y guiñapos...
¡carne broncínea de encorvada espalda!

El perro, siempre alerta,
si algún hombre divisa, presto ladra

y con mirada hostil, como sus amos,
contempla al hombre que junto á ellos pasa
y en sus ojos cobardes de vencidos
¡brilla un momento una protesta anárquica!

Caminan silenciosos
con el hato á la espalda
y muestran en sus rostros y ademanes
su horrible vida de esperanza exhausta:
de pueblo en pueblo van; nadie los quiere,
y á donde llegan, ciérranse las casas!

Dejando tras de sí nubes de polvo,
la astrosa caravana
prosigue su camino
previendo á cada instante una amenaza,
¡que fuera de la ley todos se encuentran
y son más que hombres, fieras acosadas!

Al doblar un recodo del camino
brilla en sus ojos débil esperanza:
se acercan á otro pueblo...;
caminan á la sombra de sus tapias...
mas cuando en él penetran
¡todas las puertas ciérranse en las casas!

. . . . . .
. . . . . .

Y vuelve á caminar siguiendo al perro,
al perro flaco de amarillas lanas,
por la ancha y polvorienta carretera
la caravana trágica,
montón de liendres, huesos y guiñapos
¡carne broncínea de encorvada espalda!

Erratas importantes

Págs.	línea	dice	debe decir
11	9	cuidaba	anidaba
15	2	clonws	clowns
36	17	mi amada	Mı amada
63	17	niños	niñas
67	7	cabilo	cavilo

Indice

	Págs.
Al lector.	7
La casa olvidada.	9
Cristo suicida.	13
En el circo.	15
Tierra castellana.	19
¡Chist!.	23
Campesina.	27
Suprema angustia.	31
Mi hogar.	33
La canción del poeta.	39
Soledad.	43
Verano en Castilla.	47
Han venido mis hijos...	51

Págs.

Humana. 53
En la audiencia. 57
Todas las tardes. 61
La mi hacienda. 67
¡Solos! 73
¡No viene! 75
Una vida. 79
Los estériles. 83
He pasado por la casa... 87
Sin hogar.. 91

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD
BIBLIOTECA POPULAR
SALAMANCA

CAJA DE AHORROS
Y
MONTE DE PIEDAD
SALAMANCA

ONIANO

DE LA
VIDA

G 64676